

ATENEO DE LA ESCUELA DE CLINICA PSICOANALITICA

“HACEME-LA VOZ”

Lic. Mariela Kier Joffé

Lic. Tamara Dolgiej

“Sería extraordinario que el mismo día en que el Innombrable parece haber desaparecido al fin, los *muggles* descubrieran todo sobre nosotros. Supongo que él realmente *se ha ido*, ¿no, Dumbledore?”

- Con seguridad es lo que parece –Dijo Dumbledore- Tenemos mucho que agradecer. ¿Le gustaría un caramelo de limón?

- ¿Un qué?

- Un caramelo de limón. Es una clase de golosina de los *muggles* que me gusta mucho.

- No, muchas gracias- respondió con frialdad la profesora McGonagall, como si considerara que ése no era el momento para dulces- Como le decía, aunque el Innombrable *se haya ido*...

- Mi querida profesora, con seguridad que una persona sensata como usted puede llamarlo por su nombre, ¿verdad? Toda esa tontería del Innombrable...durante once años intenté persuadir a la gente para que lo llamara por su verdadero nombre: *Voldemort*. – La profesora McGonagall se hecho hacia atrás con temor, pero Dumbledore, ocupado en desenvolver dos caramelos de limón, pareció no darse cuenta. – Todo se volverá muy confuso si seguimos diciendo “el Innombrable”. Nunca encontré la razón para tener miedo de decir el nombre de *Voldemort*”

“Harry Potter y la piedra filosofal”

J. K. Rowling

Ya desde sus comienzos el psicoanálisis tomó interés por la palabra proponiéndola como protagonista en el dispositivo, “diga todo”, sabiendo la dimensión de engaño que ello implica: no todo puede ser dicho. Para tomar un atajo diremos de modo casi axiomático que esto sucede así no por déficit de palabras sino por estructura significante.

Que no todo pueda ser dicho alude a la falta estructurante. Nuestro sujeto mítico al ir en busca del objeto de la necesidad para su satisfacción se desvía en el cruce con el Otro, que introduce la mortificación del cuerpo por el significante. El cuerpo quedará marcado al ser sumergido en un baño de lenguaje, quedando como perdido el encuentro con el objeto que a modo de resto operará como causa. No es posible el encuentro directo. La *cosa* obliga al rodeo.

Llamar a las cosas por su nombre, tal es la dificultad. Reflexionar sobre lo indecible, nuestro propósito en este trabajo.

Impulsados por la escuela los padres de P. acuden a la consulta. Se trata en aquel momento de un niño de 8 años hijo menor de un matrimonio separado hacía ya cuatro años. El niño vivía con su madre y su hermana mayor, de 13 años. Ambos habían cambiado ese año de colegio por dificultades de su hermana en el colegio anterior. Pero ahora las dificultades escolares se trasladaban a P. La escuela nueva dirá: no puede completar nada en clase ni las tareas, deambula y juega en el aula, presenta muchas dificultades para aprender inglés, encontrándose muy atrasado, cursa un año inferior a sus compañeros.

La madre dice: “no quiere dejar de ser bebé” y “no quiere pensar”. El padre, por su parte, agrega: “a veces juega a que se chupa el dedo”.

Incluimos de entrada un elemento fundamental. De las entrevistas con los padres surge que P. tiene una hermana muerta, Jennifer. Dos años antes de P. nació esta hermana que por ciertas dificultades al nacer falleció al mes. De esto los padres nunca le dijeron nada: “era muy chiquito, no sabíamos cómo decirle, nunca se tocó el tema con él”.

Que algo sea dicho o no comporta siempre nuestro interés como analistas en tanto aquellas palabras articuladas, sean éstas pronunciadas o no, conciernen a los efectos del lenguaje sobre la estructuración de la subjetividad.

En este caso una comunicación fue sofocada sin por ello dejar de tener continuado efecto.

En la dificultad para aprender el idioma inglés P. Abre un camino que habrá que transitar.

Del primer encuentro con el niño surge lo que luego insistirá repitiéndose, una gran dificultad para despedirse de los padres cuando lo traen a la sesión: una extensa sucesión de “te amo” y besos que la madre “resuelve” con movimientos expulsivos. También era notoria su dificultad para irse del consultorio, terminar un juego, hacer un trabajo y hasta bajarse del colectivo. De su dificultad con el inglés definirá su problema diciendo: “no pienso, me olvidé de pensar”. Algo en inglés no puede ser pensado, incluso hay que olvidarse de pensar.

Si en “El olvido de nombres propios” Freud propone como “premisa” que aquello que sustituye en la memoria un nombre “no es dejado al libre albedrío psíquico, sino que obedece a unas vías calculables y ajustadas a ley” (AE, Tomo VI, Pág. 9-10) y conjetura que hay un nexo pesquizable entre lo dicho y lo no-dicho, es que podemos decir que a P. en el obstáculo mismo se le juega una verdad ignorada. No aparece en nuestro caso un nombre sustituto metonímico como le sucede a Freud sino un imposible de sustituir.

Entendemos lo que suele llamarse trastorno de aprendizaje como un síntoma que requiere ser comprendido dentro del campo del significante. Particularicemos algunos detalles que argumentarán algo de ésta, su dificultad. El nombre de su hermana mayor es en francés, el de él en castellano. El de su hermana muerta era en inglés. Había una verdad indecible que se desplazaba a un no saber hablar en inglés, dificultad que pudo ser modificada cuando P. pudo saber la verdad. Al cabo de unos meses de comenzado el tratamiento los padres le contaron sobre su hermana Jennifer.

A la sesión siguiente llega haciéndose el “tonto” o el “bebé, pide la arcilla y arma 4 pequeños muñecos de nieve que, ante su asombro se sostienen y no se caen. Arma una familia, su familia y señala quién es cada uno. Cuando hace al padre dice: “no me sale, mirá que mal me salió la boca, parece un muerto. Hacémela vos”. Algo se modela de la muerte en la boca del padre. P. se angustia y dice “Haceme la voz”. “El inconsciente supone, además de que se lo escuche, la operación de lectura para que algo se inscriba”.

Algo se liga entre la voz del padre y la hermana muerta? Entre la muerte y el padre? P. pasará a tener una boca que puede hablar inglés.

Luego de varias sesiones jugando a la familia P. dice: “ya se la historia para la familia” y arma relatos de viajes, peligros, peleas...en uno de los juegos, una carrera de autos donde el que perdía tenía que entregar el muñeco al otro, P. enuncia: “voy a sacrificarte papá!”

Todos los juegos y producciones en esa etapa del análisis terminaban con enojo, abandono y destrucciones y éste no fue la excepción. Esta vez abre la puerta, sale del consultorio y se sienta “encabronado” en medio de la sala de espera. Está furioso y grita. Intervengo diciéndole que puede hacer todo eso pero dentro del consultorio. La sesión continúa con agresiones verbales que van acompañadas de amenazas de arrojar objetos. Al irse dice: “no voy a jugar nunca más, no voy a hablar nunca más”

P. vuelve a la sesión siguiente y como apurado dice “no perdamos tiempo!” juega a los Robots y bebés “soy Gotzila, rompe todo”

Fue curioso y me llenó de asombro que en aquel encuentro mencionó por primera vez a su hermana muerta. Le pregunté si quería que le dijera algo a los padres, con quienes iba a tener una entrevista, P. dijo: “hablá lo de la bebida...mi hermanita de 10 años, la que Game Over”. Sin nombrarla alude a ella en inglés como la que no pudo seguir jugando.

El dibujo, el modelado, el juego son modos de expresión privilegiados en el niño. Expresión significativa que se organizan discursivamente en la transferencia. Nuestra posición es la de sostener la transferencia que permita dicho despliegue lúdico.

Otro momento fue ocupado por el juego de la Batalla Naval que él trajo de su casa. Era una verdadera pelea y el juego se veía interrumpido siempre por los desacuerdos de P. sobre quién preguntó qué y cuál fue la respuesta. Entre hacer agua y estar tocado nos fuimos hundiendo. Como así la Batalla Naval no llegaba nunca a buen puerto, propuse anotar cada pregunta y cada respuesta. Al final, la hoja testimonio de la contienda, parecía contener un mensaje cifrado. (P.A1?A, M.G3?T, etc.). Al modo de un rebus, el acertijo tomó un sentido retroactivamente: lo que al principio fue tocar el tema de una muerte en la familia, permitió al jugarlo que el tema del barco sea tocado.

El padre de P. solía navegar los fines de semana. P. iba obligado, a él no le gustaba pero tenía miedo de decirselo al padre. Paralelamente al despliegue de este juego en las sesiones P. le pudo decir al padre que no quería ir más a navegar, fue toda una sorpresa para este padre pero pudo aceptarlo y ofrecerle una apuesta a futuro: “ya te va a interesar a los 18”. P. entonces cuando va al club anda en bici y juega con otros chicos.

En el transcurso del tratamiento otras cuestiones se fueron desplegando. En la escuela cuando había algún problema resultaba ser que siempre lo encontraban a P. involucrado. El me preguntó: “¿Por qué siempre caigo yo?”

P. comienza a decir lo que piensa, hacer lo que siente y preguntarse qué lugar ocupa él en cada situación. Preguntarse por su caer en los lugares posibilitó empezar a decidir ocuparlos de otro modo.

En una de sus sesiones invitamos al padre a jugar. Eligió el ludo-matic. El padre avanzaba comiendo sin piedad y con una sonrisa gozosa decía “sorry”. P. se siente molesto y angustiado cuando el padre le dice: “Dale, comeme! Yo te voy a comer!”. El padre proponía una sola opción: comer al otro. Entre tragarse al otro y ser tragado por el

otro, mis intervenciones comenzaron a propiciar las distintas alternativas que el juego ofrecía. Intervenciones que produjeron una interdicción en la voz gozosa del padre: “El puede decidir qué ficha mover”. P. decidió mover una ficha que no implique comer al otro, y gana el partido. Luego de este encuentro el padre me dirá en una entrevista: “Me taché los sábados para ir a verlo jugar al fútbol”.

Hacia el final del tratamiento P. le pregunta a la madre: “¿Qué te pasaría a vos si yo me muero?” Podemos agregar que para este tiempo de la cura despedirse al llegar al consultorio ya no era la muerte de nadie.

El análisis estuvo orientado por el síntoma que tenía por función representar una verdad. Como suele suceder en estos casos el niño anuncia él mismo el momento de concluir, ni antes ni después, en el tiempo justo.

De aquel niño que no podía traspasar la puerta del consultorio sin decir mil veces chau y dar cien besos, que haciéndose el bebé no podía hablar en inglés, me encontraba ahora frente a un púber transcurridos ya casi tres años y me preguntaba cuál sería el límite de éste análisis. El pedía terminar y yo acordé con él ya que me parecía que de lo contrario podría ser retenerlo en un lugar en el que él ya no estaba.

La sesión siguiente a su pedido de final fue la última. La despedida se organizó en torno a su deseo de reencontrar lo hecho. “¿Te acordás de cuando hicimos la familia?” Quiso llevarse la familia de arcilla y una foto de sus mejores amigos que un día había traído para enmarcar. Sin mencionarlo, quizás como aquello que queda en un rincón, dejó el juego de la Batalla Naval.

Para P. ahora el juego continuaba desde otro lugar. A sus 11 años había pasado de pantalla.

Lic. Mariela Kier Joffé
Lic. Tamara Dolgiej

Docentes de la Escuela de Clínica Psicoanalítica del Centro Oro
Coordinadoras del Departamento de clínica de Niños del Centro Oro